

PAGINAS LITERARIAS

DEL DR. ISIDRO URTECHO

JOSE DE LA CRUZ MENA

Sentado en un rincón de nuestro parque escuchaba hace pocas noches las conmovedoras melodías de la obra más celebrada del genial artista nicaragüense, José de la Cruz Mena.

Había una inmensa concurrencia. No quedaba asiento desocupado. Multitud de personas elegantemente ataviadas se paseaban por las lindas callejuelas. Ahí el grave señor de la toga. Ahí el astuto comerciante. Ahí el lindo y travieso pollo. Ahí la belleza y el donaire de nuestras aristocráticas damas. Ahí el garbo y la sal de nuestra incomparable mengala. Los chiquillos afluían hacia el kiosco y miraban con expresión de asombro los instrumentos de la Banda que, heridos por la luz, lanzaban deslumbrantes reflejos, y animados por el aliento humano, poblaban el espacio de deliciosas armonías.

Mi alma arrebatada por las ondas resonantes, lanzóse al espacio en giros deleitosos, ora atrevidos como el vuelo del águila remontándose al empyreo, ora sosegados, o tímidos, como vuelo de tierna avecilla que ensaya sus alas sin alejarse mucho del nido.

¡Oh música divina! Tu poder es incontrastable. La más temible de las fieras —el hombre— se rinde a tu mágico embeleso. Oyéndote se sienten impulsos generosos y anhelos vehementísimos de regeneración. El hombre, mientras te escucha, piensa y siente como un ángel. ¡Oh, la más encantadora de las Musas! Tu debías presidir todos los actos de nuestra vida. Bajo tu dulce imperio se abolirían las cadenas y el cadalso. El amor, la caridad y la filantropía gobernarían el mundo.

Durante la ejecución del famoso vals "Los amores de Abraham", el alma en su vuelo prodigioso llega hasta rozar con sus alas las puertas mismas del cielo. ¡Tan noble, tan potente, tan majestuosa es la rica inspiración que la domina! Ayes del alma lacerada, gritos de águila herida, acentos de pasión, relámpagos y truenos, picoteo de pájaros, travesuras del amor, redobles temerosos, tropel de las almas predestinadas al sacrificio y a la muerte todo esto nos lo representa la fantasía, todo esto se ve, se oye y se siente mientras dura el hechizo de esta obra magistral. El poema entero parece como envuelto en cierta atmósfera de grandeza que subyuga a las almas de percepción delicada. Se goza, se sufre; se sienten vivos indecibles anhelos; se siente una honda inquietud como de un presentimiento de algo terrible que por momentos se acerca... más luego se desvanece con gradaciones lentas, suaves que sociégan la mente con su dulce beleño.

Ha cesado el vals: Ha cesado la influencia magnética. Libre el alma de aquel poderosa sugestión, vuelve en sí y se entrega a la meditación y el análisis. Quién era José de la Cruz Mena?

Un hombre del pueblo. Sus padres, muy pobres, no pudieron darle una educación esmerada. Aprendió en sus primeros años lo que se enseña en nuestras escuelas públicas. Andando el tiempo aprendió lo que enseñan la vida y el sufrimiento. ¡Y qué vida y qué sufrimientos los de Mena! Solo en el libro de Job podemos encontrar cosas parecidas.

Una terrible enfermedad cuyo nombre se repite en la historia como un eco de los infiernos, infundiendo horror y pánico a los siglos que se suceden; una enfermedad que separa por completo y para siempre al hombre de sus semejantes; más terrible que todos los males, puesto que devora lentamente y vive la víctima entre sus garras, largos, larguísimos años; una enfermedad que parece el engendro de una imaginación dantesca. Tal fue el lote de Mena. Tan triste fue su destino. Tan mísera su estrella.

Imaginad todos los sufrimientos; amontonad males sobre males, añadid a todo el horror y la maldición de los hombres, y habréis formado la corona de espinas que ciñó las sienes del inmortal artista en su trágica peregrinación por este mundo.

Tuvo por morada el estercolero. Por compañero el dolor. Por único amigo la soledad. Por único consuelo, su grande, su rica inspiración.

Yo he visto alguna vez en medio del campo donde la ciudad arroja sus desechos, balancearse sobre su tallo delicado, una flor de encendidos colores y exquisito perfume. En afrentoso aislamiento se alzaba allí, como la virtud, o el genio, en medio de la miseria social!, exhalando el himno tierno, profundo y doloroso de su existencia.

Así la rica y gentil inspiración de Mena, salvando las barreras formidables que le separaban de la sociedad, pobló los aires de su patria de sentidas y consoladoras armonías. Los pueblos se pasaron un instante para escuchar aquellos acentos celestiales que partían del muladar. Asombro y compasión primero; después entusiasmo delirante, adoración locura. En los parques, en los salones, en los campos, por todas partes, en alas de su genio vagaba el alma dolorida del artista abrazando de amor los corazones.

Qué de juramentos al compás de su música anima-

da y ardiente! Cuántos suspiros exhalados con los últimos acordes de una serenata! Cuántos hombres no se sintieron regenerados al escuchar uno de sus poemas musicales!

La música de Mena, en fin, se ha apoderado del corazón y de la imaginación del pueblo, y puede decirse que hoy, forma parte del tesoro espiritual de la Nación. Es, pues, una gloria de su patria.

Mas pensad un momento en que el artista que así enalteció el nombre de su patria y que tan dulces consuelos derramó en el corazón de sus compatriotas, era un hombre sin ventura para quien no había consuelo ni goce humano posible, y que, si algún bien deseaba o esperaba, tan solo podía dárselos la muerte. Pensad en esto, repito, y sentiréis crecer, a la par de vuestra admiración, un sentimiento de gratitud y de ternura hacia ese mártir de la vida que sintiendo en su seno dolores capaces de arrancar maldiciones a los labios más santos, expresó su dolor y su resignación en exquisitas y sublimes melodías que vivirán eternamente en el corazón de sus compatriotas, acallando los gritos de la rebelde materia y vivificando los más nobles afectos del alma

DOBLAN

¿Qué clamor es ese, tan hondo y tan triste que se oye en todos los ámbitos del país, e infunde mortal desaliento a todos los corazones y pone luto a todos los hogares?

Doblan . .

¿Qué dicen esas notas, tan profundas tan dolorosas, que nos penetran como agudos puñales rasgándonos el alma?

Doblan...

El suelo patrio se ha tornado ingrato, y sus brisas perfumadas son vientos de peste y de muerte. El hijo de este suelo no verá más nunca la recompensa de sus afanes; el sudor de su frente no fertilizará la tierra profanada y maldita. El desaliento y la duda han reemplazado al viril empuje. Todos se preguntan si lo que han heredado de sus padres o adquirido con su esfuerzo les pertenece realmente.

Doblan .

Doquier se miren, encuéntrense escenas de estrago y desolación.

Sobre nuestras cabezas se oyen graznidos y aleteos siniestros.

Olor de putrefacción se disfiende por todas partes
Doblan .

Ni el cólera, ni la bubónica nos han invadido; el terremoto no ha destruido nuestras ciudades; ni los volcanes han derramado sobre nuestros campos sus torrentes de lava y lodo. Mas el país está como si la peste y los volcanes lo hubieran devastado.

Doblan

Los buitres blancos y los buitres negros: los buitres del Norte y los buitres nativos, se pasan en nuestro suelo; rondan, rondan a zancadas y sus ojos brillan como ascuas.

Son los dominadores. El buitre es el Rey del funeral festín.

Doblan

Todo muere exhalando olor a úlcera. Muere la probidad. Muere el respeto a la palabra empeñada. Muere el honor y la delicadeza. Muere la fe pública Muere hasta el amor a la patria.

La impudicia y el cinismo están de modo. ¡No pago! dice el gobierno. ¡No pago! dicen todos. Nadie paga. ¡La Moratorio es corriente . !

¡Qué oprobio!

Doblan.

Estamos en grave apuro. ¡Vendamos esto! dice el gobierno. ¡Vendámoslo! claman todos.

Y no es suficiente. Aún falta. Hay que salvar al país. Impóngase al pueblo una tasa.

Famosa idea. Si pobre pueblo, burro de carga al fin, rebuzca un ¡sea por Dios! que dá grima.

Mas no basta.

Colegios, escuelas, etc. todo desaparece.

La Historia enseña que cuando los pueblos llegan a semejante grado de desmoralización son presa fácil de naciones aventureras.

Así fue Roma hollada y vencida por los bárbaros Y la nación más culta y espiritual, la Grecia, perdidas sus virtudes públicas, fue pasto de la voracidad macedónica.

Doblan

¿Qué patria es esta donde se vive entre las más crueles congojas?

¿Qué patria es esta donde hasta la paz misma se presenta con todos los horrores de una calamidad pública?

¡Todo está en calma, y el país se hunde!

¡Todos ríen, y el lodazal les llega hasta el pecho!
Nación suicida, tu mísero destino se cumplirá.

Doblan .

TARTUFO

Cuando Moliere, con rasgos de genial inspiración, trazó la inmortal figura de Tartufo, quedó para siempre descrita y como expuesta dentro de un marco, cierta clase de hombres que, bajo la capa de la honradez, de la rectitud y de la bondad, esconden los más perversos sentimientos y los más aviesos propósitos.

En el desastre de las fortunas, en la ruina de los hogares, en la enemistad de las familias, en las revueltas aguas que arrojan a la orilla los restos de un naufragio, sobrenada Tartufo llorando a lágrima viva el infortunio de sus víctimas. ¡Dulce Tartufo!

En la prosperidad, en la dicha, en la alegría, cuando en los hogares engalanados se oyen risas y cantos; en medio de la gente sencilla y confiada, también se destaca la figura de Tartufo, mintiendo amistoso interés, simulando simpatía, majestuoso, benévolo y cordial. ¡Incomparable Tartufo!

Se necesita un consejo ¿Quién puede darlo con más desinterés que Tartufo? Pero abrid bien los ojos. ¿Un favor? Para esto se pinta Tartufo, pues nadie como él sabe convertir este favor en una argolla y el agradecimiento en esclavitud. Recibid su dinero y no tendréis término sus exigencias. Hoy os pide auxilio en un enredo feo; mañana os cita para un falso testimonio. Duro favor. Defestable protección. ¿Cómo hay gente que pueda vivir contenta y sometida a semejante yugo?

Tartufo es bueno como el pan. Tratadlo un poquito siquiera, y ya me contaréis las delicias de su amistad.

Pero hay Tartufos y Tartuflillos, según el pelaje de cada cual. Los hay de lujosa indumentaria, de alta posición social y política, con fama de probos y piadosos, ricos a fuerza de latrocinios "legales", y aspirantes siempre a posiciones encumbradas, que necesitan para tapar sus lacras y para escudarse contra posibles emergencias.

Hay otros de más baja extracción, los "Tartuflillos", de oficinesca catadura, sin corbata, con rodilleras y con los fondillos remendados, de hociquillo siempre al viento como husmeando posibilidades de negocios indecentes e intriguillas miserables. Suaves, melosos, atentos, terribles...

Mi Tartufo, el de mi cuento, este que estoy delineando con tanto amor y esmero, es un conjunto de las diferentes cualidades que adornan a los dos Tartufos, el grande y el chico; amalgama tan feliz, tan sabiamente realizada, que ha podido recorrer, impune e ileso, el largo camino de sesenta años, no oyendo a su paso más que saluciones serviles, ni viendo otra cosa que sonrisas y genuflexiones. ¡El bueno, el honrado, el santo Tartufo!

Hasta ahora no ha encontrado la mano atrevida que le arranque la careta o el puño vengador que liquida de una vez las cuentas atrasadas pero siempre ha vivido con el miedo atroz de que se le irrespete y se le exhiba. Y más que al puño justiciero, le teme a la pluma, por sus propiedades divulgadoras y por la intensa luz que refleja sobre las cosas que toca. Mentale la prensa a este tipo es como enseñarle la cruz al diablo. El silencio y la oscuridad son condiciones propicias al numen de Tartufo. ¡Qué picardías oculta quien tanto teme!

Si le dicen: "Sr. Tartufo, he visto su nombre en tal o cual periódico", al instante se inmuta y palidece, porque siempre está temiendo que algún burlón despreocupado le juegue una broma pesada y lo ponga en berlina. Ni su posición, ni su dinero, ni su fama de honorable logran tranquilizarle; y, si alguna vez resuena su carejada en alguna tertulia de "creyentes", es una carcajada mentirosa, bien distinta de aquella tan espontánea que suelta en ocasiones el sano y boyante buen humor.

Tartufo se desvive por que le nombren para Juntas de Beneficencia, de Instrucción Pública, de Ornato, Alcaldías, etc., etc. pero se equivoca lector si se imagina que a Tartufo le importan un pepino el progreso y bienandanza de la sociedad. No, que con esto no quiere más que tomar "posiciones estratégicas" y hacerle creer al pueblo que se desvela por sus intereses. Necesita su voto en los comicios para hacerse elegir, o reelegir para la Senaduría, a la que ama con pasión, no para labrar el bien y la prosperidad de sus comitentes, sino para servirse de ella como de una palanca poderosa para encaminar sus propios negocios. Ya se ha visto cómo con intrigas, y siempre por manos ajenas, hizo pasar en el Congreso leyes que suprimían los impuestos locales sobre el azúcar y tránsito de ganado, poniendo en peligro la existencia del Hospital e Instituto de Rivas, que contaban con esos fondos para su sostenimiento. De entonces data la penuria de esos importantísimos centros, en parte remediada últimamente por herencias y donativos de personas generosas. Pero, ¿qué le importa a Tartufo todo esto? Prosperen sus negocios, y cargue el diablo con lo demás. Para eso precisamente es Senador.

Le importa mucho su influencia en los círculos oficiales para colocar en las fronteras empleados del Fisco, hechuras suyas, que le dejen pasar su ganado sin pagar un centavo; quiere que sean fantoches suyos, y no hombres conclenzudos los que cuenten los quintales de azúcar que salen de su ingenio; necesita nombrar jueces, alcaldes y agentes de policía, que estén a sus órdenes y acuerpen sus zanganadas, quiere, en fin, tener en sus manos el gobierno, la policía y la administración del departamento, para que todo concurra, a la voz suya, al incremento y seguridad de su capital, amasado con lodo y sangre, con injusticia y lágrimas. Y confesemos que Tartufo ha sido suficientemente há-

bil para conseguir todo esto, o bien, que los gobiernos son ciegos, o se hacen los ciegos.

Ha hecho creer a los actuales dirigentes de la cosa pública que él ha sido en este departamento el factor más poderoso de la revolución y todos sabemos quiénes fueron los que realmente trabajaron por el triunfo liberal. Todos conocen la verdadera actitud de Tartufo en la revolución, la misma que ha asumido en todas las situaciones de su vida; simular, dar a creer actividades, desprendimientos y abnegaciones que nunca han existido; pero siempre a la expectativa de un cambio brusco de los acontecimientos para adoptar su gesto a posibles eventualidades y complicaciones; en fin, la actitud que debe esperarse de Tartufo.

La gran ambición de este tipo, su sueño dorado, es la Presidencia de la República; así como suena. Parece mentira que esta figura desastrada, esta masa infecta que suda hipocresía y latrocinio por todos sus poros, pretenda a dama tan hermosa y linajuda; pero así es, en efecto, aunque su pasión es vergonzante.

Allá de tiempo en tiempo, los serviles de su pequeña corte hacen resonar su nombre como el de un posible candidato. Entonces se sopla, crece un palmo, y se le encandilan los ojos, pero el desengaño viene en seguida. No encuentra eco. Nadie hace caso. Su popularidad es un mito. Vuelve el topo a su madriguera. ¡Pobre Tartufo! Pero ¿qué destino sería el de este país en manos del hombre más atrasado de estas latitudes? Porque es propiamente el hombre del siglo XVII. Ignorante, marrullero, esclavo de mil prejuicios, de cortísima visión, sin una gota de ilustración ni de aquella quisicosa que llaman "mundo", tiene sólo como bagaje mental la astucia zorruna y el amor a lo ajeno, que la servil camarilla que le rodea toma por señales de talento y de espíritu emprendedor. Sea por Dios. Yo por mí puedo decir que al contemplar una vez a este ídolo isleño ocupando su asiento en el Senado no pude contener la risa; y más cuando le ví levantarse con el brazo extendido y el índice re-
quintado en actitud de "enchutar" a alguien. El Presidente de la Cámara, todos los senadores y hasta los porteros temblaron ante amenaza tan bárbara. Aquel dedo tan tieso impresionó también al público de la barra, que instintivamente buscaba la puerta de escape.

Luego vuelve Tartufo a su departamento y en corrillo de admiradores exclama con cierto dejo de cansancio y melancolía: "Se ha trabajado mucho; una oposición tremenda; pero hemos vencido". Traducido esto quiere decir: "He conseguido lo que me interesaba;

mis negocios van viento en popa; es una ganga ser Senador". La camarilla se queda extática ante el caudillo. Grande hombre es este Tartufo. La fortuna lo acompaña. Hay que estar con él; sobre todo si se le deben fuertes cantidades de córdobas y hay dificultad de pagarlos, como les sucede a ciertos pobres diables. Con este dogal al cuello son pocos los hombres que no caen de rodillas, y besan el polvo, y cometen mil actos degradantes que afectan a la especie humana.

Tartufo es leguleyo y vive rodeado de leguleyos. Desde sus juveniles años vive en pleitos, y tiene tal práctica en esto de enredar las cosas más claras y en lo de quedarse con las cosas ajenas que, personas sensatas vacilaron, desde que le apuntaba el bozo, que alcanzaría gran fama, y daría quince y raya a los más insignes enredistas de esta tierra. Profecía cumplida de un modo exacto y sorprendente.

De valor hace también alardes el bueno de Tartufo; pero yo lo he visto en plena calle palidecer, apabullarse y pegar por fin la carrera cuando un joven Malliño, de sangre caliente, nobilísimo espíritu, le cogió por el cuello y le zarandó de lo lindo llamándole con estentóreas voces: ¡ladrón, ladrón! Después de un castigo tan público y merecido creyó que su honor quedaba a salvo con hacerle rendir fianza a su agresor.

A pocas jornadas del término de la vida; cerca ya de la cima donde fatalmente caen y se desintegran los míseros despojos humanos, y en donde se alza la temible interrogación sobre el premio, o castigo de los hombres en la otra vida; cuando los buenos se preparan a bien morir y echan una mirada serena sobre el libro de su vida que es su ejecutoria ante Dios, Tartufo impenitente, prepara nuevas asechanzas al haber ajeno, y tiende nuevos lazos a las nuevas víctimas que le desparan la sencillez y la credulidad.

He intentado hacer el retrato del gran Tartufo; pero desconfío de mis pobres pinceles.

Otros con mayor aliento e inspiración más feliz, logren tal vez trasladar al lienzo esta maravilla de perversidad e hipocresía, el prototipo de la avaricia, la representación viva de la parte material e innoBLE de la naturaleza humana.

Quisiera preguntarle a "Juvenal", qué opina de mi modesto esfuerzo.

Rivas, Abril 1929.